

vez las nuevas exploraciones nos den á conocer otras galerías que no posean esas ventajas; pero entre tanto, puede asegurarse que el acceso á la caverna de Cacahuamilpa no ofrece dificultades ni infunde temores.



MARIANO BARCENA.

Al terminar esta relación asáltame el re-

cuerdo de un amigo muy querido, de quien en tal excursión fui compañero, Mariano Barceña, joven lleno de vida, de virtudes y de prendas personales, que le valieron la estimación general de propios y extraños. Entusiasta por las obras de la Naturaleza, dotado de clarísimo talento y consagrado al estudio, produjo obras de gran mérito, particularmente sobre la geología y flora de México; describió con ciencia y galanura la caverna de Cacahuamilpa, trabajos todos por los que tanto y tan justamente lo distinguieron, sabios y sociedades científicas; pero desgraciada y prematuramente pagó el tributo á la Naturaleza dejando en su hogar un vacío que no se llena y en el corazón de sus amigos, pesar profundo.



#### ULTIMO ARTICULO.

*Al Sr. Lic. Don Francisco L. de la Barra.*

**H**E conducídate, mi buen lector, al término de mi obra, y te ruego que no atribuyas á debilidad, tan común en los humanos, como es la de formarse cada cual un alto concepto de sí mismo, el hecho de dirigirme á tí para referirte actos que directamente me atañen. Considera que en la comedia humana, constantemente renovada en el gran teatro del mundo, solamente he desempeñado un papel de personaje episódico porque nunca quise enredarme entre tantos hilos como en aquél se manejan, y en el que no siempre es más aplaudido el actor que mejor representa. Esto proviene de que los comediantes y faranduleros

no obran generalmente por decorosa emulación, sino pesarosos del bien ajeno.

Imperiosa es la necesidad del que escribe sus Memorias de aparecer personalmente en la escena y prescindido hubiera de escribirlas, si no estuviese impulsado por el deseo de ofrecerme como testigo de hechos pasados, dándoles el sello de verdad que debe resplandecer en los asuntos históricos.

Si por un evento apareciera otro escritor, pues uno hubo ya y por cierto gran amigo mío, que le diese, como vulgarmente se dice, la ventolera de escribir mi biografía con mayores detalles, ya estoy leyendo en sus prime-

ros párrafos, las fórmulas comunes de toda obra que se ocupa en relatar vidas ajenas.

Comenzará su narración diciéndote, ora en estilo clásico, ora en el vulgar, que en la gran ciudad de los palacios, centro del afamado valle de los claveles y amapolas, se meció mi cuna, blandamente movida por las auras puras, tibias y perfumadas del lago de Texcoco, cerca del tradicional lugar en que los ilusos aztecas vieron á la reina de las aves posada en su higuera chumba, devorando una culebra ó pajarillos, cuestión acerca de la cual no están contestes las historias, que no llegó á dilucidar Orozco y Berra, ni yo tampoco.

Que nací de padres honrados, te diré, y ruégote que des tu asentimiento á esa asección, en primer lugar, por ser un indicio favorable el hecho de haber aquéllos venido al mundo antes de que el siglo XIX desarrollara sus malas mañas é ilustración, y cuando brillaban los primeros albores de nuestra emancipación política, y en segundo lugar, porque yo te lo aseguro bajo palabra de honor, mas si dudas á pesar de todo, no por eso han de dejar de hallarse mis amados padres, de Dios en su santa gloria.

Que en mis primeros años fuí un prodigio de inteligencia y un portento en la escuela, no lo creas, por más que te lo cuenten; no acojas esa muletilla en que se apoyan los biógrafos para ponderar las dotes infantiles de aquellos á quienes desean enaltecer, unas veces con razón y otras sin ella. Yo entonces, como todo niño, pagué tributo á la edad, prefiriendo el trompo y la pelota á las tablas de cuentas y á la gramática. No recité en los estrados fabulillas introducidas en el caletre á fuerza de martillo, ni me pusieron de pie sobre un taburete ó tribuna improvisada para declamar alguna oda pindárica, levantando con insistencia, á manera de guimbalete, primero un brazo, luego el otro, después los dos, y doblando las muñecas, agitar las manos para significar cómo se cierne en los aires el águila caudal y, por final de cuenta, dar una patadita en la tarima de la tribuna, á fin de acompañar con estruendo la exclamación ¡aquí fué Troya! con que, á grito herido, da término la perorata infantil, sin perjuicio de las gesticulaciones requeridas por los diferentes pasajes de la oda. Tales razones te convencerán de que no senté plaza de niño sabio.

Que en las aulas se deslizaron tranquilos los albores de mi juventud, en parte puedes creerlo, y en parte nó. En lo que concierne á la conducta que observé en la vida íntima, da tu voto afirmativo, mas no en lo que atañe á la que otros observaron conmigo, pues como he tenido ocasión de contarte en esta mi larga historia, tanto en aquel colegiaco de mucha fama, como en las escuelas francesas de feliz recordación, los cuerazos y reglazos se propinaban sin cuento, así como otros castigos que distaban mucho de producir la paz y tranquilidad individual. Ya en esa edad, había adquirido algunas gracias, como la de tocar el piano, consistiendo mi vasto repertorio en dos piezas, "La Encantadora" y "El Ruiseñor," valeses muy en voga en aquella época. Entonces, no era yo el que fastidiaba á la concurrencia, sino ella á mí. ¿Quién podía resistir la indicación de jóvenes apuestas y amables para sentarse al piano, á fin de entregarse ellas á los inefables goces del vals? Yo accedía, pero á lo mejor, un calderón inesperado, producido por el acalabrado dedo del corazón, que se aferraba en una tecla, daba por terminado el baile. Tan esquivada fué conmigo la musa Euterpe, á pesar de amarla tanto que hube de divorciarme de ella. Ya he hablado, en otra ocasión, de mis adelantos musicales en el célebre Colegio de San Gregorio, y de las causas que me decidieron á inscribirme en la clase en que se daba culto á la divina musa.

Que tuve muchos amigos, es verdad, pero lo que no te diré el biógrafo, es que pocos fueron los que me quisieron bien, y los más trataronme con desesperante indiferencia. Los primeros, infundieronme aliento y vigor para proseguir por la senda que me tracé, pero pronto, para mi daño, terminaron los más su peregrinación por la Tierra, dejando en ella las huellas de su saber y virtudes, y en mi espíritu el recuerdo gratísimo de esa verdadera amistad que, como hija del cielo, hace en el mundo hermanos á los hombres.

Amigos de otro género me proporcioné diligente, quienes con sus sabias doctrinas procuraron y aún procuran apartar de mi espíritu la ignorancia, y como soy agradecido, he dádoles en mi casa el honorífico lugar que merecen. Así procedemos los de la generación pasada y procederían todos los de la presente, si

no existieran, en cada esquina de nuestra capital, mercaderes de libros, y en cada calle dos ó más expendios de licores.

Que el meollo que á Dios plugo darme, posee mayor densidad y resistencia que la médula del sáuco, es una proposición que puedes aceptar sin escrúpulo alguno, por ser puramente relativa. En la escala ascendente de la inteligencia humana deben marcarse muchos grados, correspondiendo el cero al idiotismo y el más elevado á la facultad suprema intelectual. ¿A qué grado de esa escala, querido lector, alcanza la densidad del meollo humano, más resistente que el del sáuco? Dificililla es la cuestión, sujeta á contrarios pareceres, mas si quieres resolverla con acierto, espera á que se invente el instrumento que ha de dar la medida exacta de todas las inteligencias, instrumento que mucha falta nos hace, y al que no sería aventurado llamar "encefalómetro."

Verdad es que en ciertas masas cerebrales el instrumento nada acusará ó acusará la nada ó negación absoluta de la discreción, como en las de ciertos filósofos, evaporadas en fuerza de tanto ardimiento; en las de los soberbios y petulantes, rotas por su constante tirantez; en las de los difamadores convertidas en carbón por su calor latente; en las de los críticos injustos y presuntuosos, llenas de huecos por esponjadas; y en las de los avaros, atrofiadas por excesiva compresión.

Que he sido un hombre bueno, niégalo rotundamente, si así lo quieres, mas tampoco traspongas el adjetivo convirtiéndolo en apócope para calificarme, porque la proposición que resulta no me conviene y la rechazo con toda la fuerza de mi corazón.

Que diga el biógrafo cuanto le plazca, pero yo, á mi vez, te pido que me reconozcas dos cualidades que he creído merecer: buena voluntad y trabajo, y si graciosamente quisieras añadir esta otra: algún estudio, muy reconocido estaré á tu bondad.

Sin traslimitarme de tus concesiones, te referiré actos de mi vida tan lacónicamente como me sea posible.

Allá por el año de 1857, la geografía nacional se hallaba en un estado lamentable. Puedes personificarla, amigo mío, considerándola como una niña contrahecha y desmedrada. Tan torcida de vista era, y tan mal educada

en Nueva York, por un señor Disturnell, que cuando de ella echaron mano para que diera fe de la cesión que de una pequeñísima parte de nuestro territorio habíamos de hacer á nuestros cercanos parientes, porque tal era su voluntad, salió contraproducente su testimonio, lo que era de esperarse de una bisoja que fué la causa, por su estrabismo, de que se nos arrancase otro pedacillo más, por algunos milloneros que, al decir de un diplomático, se convirtieron en gotas de agua. Curar á tan desgraciado ser era asunto que ofrecía serias dificultades, pues había que atender, al mismo tiempo, á su nutrición y al arreglo de todos sus miembros dislocados. A corregir los defectos de la niña y á curarla de su profunda anemia dirigí todos mis esfuerzos, según de ello fué testigo mi inolvidable amigo el Ingeniero D. Francisco Díaz Covarrubias, quien lo hizo notar en su opúsculo relativo á la posición geográfica de la capital.

Antes de proseguir la narración que atañe á mi persona, bueno es que sepas, lector mío, la historia y cualidades de esa niña. Se ignora el lugar preciso de su nacimiento y quienes fueron sus primeros padres, y tan sólo se tiene noticia de su aparición en esta tierra, cuando ésta se hallaba poseída por una raza á medias civilizada y que entregada aquélla al cuidado de sacerdotes nada pulcros, creció desaliñada; mas vinieron de Oriente nuevas gentes que mejoraron su condición y la pusieron bajo el amparo de otros sacerdotes, limpios de cuerpo y alma, quienes apartaron de ella su aspecto irracional y aun cambiáronle el color, por medio de la educación y del aseo.

La mencionada niña no es como Buda que encarna en viejos, sino que renace de sus mismas cenizas cual ave fénix; pero poseyendo la cualidad de envejecer pronto, hay que cuidar de su persona y renovar, como en su hermana la Estadística, sus vestiduras año por año.

En las primeras décadas de su nueva existencia, la niña se desarrolló rápidamente, mas después adaptó su manera de ser al tranquilo organismo colonial, y en su proporcional progreso hallóla, al comenzar el siglo XIX, el ilustre sabio berlinés, quien prendado de sus gracias juveniles, la tomó bajo su amparo, dió expresión á su semblante, arregló sus vestiduras,

ciñóle espléndida diadema y la sentó en un trono, monumental, imperecedero.

Sobrevino después la época azarosa de la insurrección, que dió por resultado el cambio de colores en aquellas vestiduras, del amarillo y nacarado, á los tres simbólicos de Iguala.

No menos azarosa fué la época que á la niña tocó bajo el régimen de sus nuevos atavíos, durante la cual no le faltaron pretendientes que la obsequiaran con diversas prendas para adorno de las diferentes partes de su cuerpo, y sólo atendió al conjunto de su persona una noble matrona, bajo cuya tutela fué puesta aquélla en 1833 y confirmada reiteradamente la tutoría en los años 1846, 1848 y 1851. Con patriótico afán y notable constancia, la noble señora desempeñó su encargo y procurando dar á conocer á la niña, con la mejor indumentaria que podía proporcionarle, la mandó á Europa con el fin de que reprodujesen su efigie; mas como dicha tutora era pobre y no logró obtener los recursos ofrecidos, la tutoreada volvió á sus patrios lares y encerrada en su habitación sus atavíos envejecieron. Si de la noble matrona, de la que he sido uno de sus fieles servidores, no he tratado extensamente en mis Memorias, débese á la circunstancia de hallarse bien escrita su historia por dos amigos míos, versados en literatura, Ignacio M. Altamirano y Enrique de Olavarría y Ferrari.

Prosigo la narración que á mi persona se refiere.

Medio arreglada y acicalada la niña, la llevé para obtener su efigie á los establecimientos de Salazar, Iriarte y Decaen, en los cuales desempeñábanse trabajos de mérito para ilustrar las obras que sacaban á luz los notables editores Cumplido, García Torres y Lara, pero con exclusión, casi por completo, de cartas geográficas. ¿Crearás, amigo mío, que en el último de esos establecimientos me reprendieron por el atrevimiento de emprender curaciones que estaban reservadas únicamente á doctores europeos? Pues cierto fué el caso, así es que no sin los consiguientes y grandes obstáculos que hube de vencer, la niña aquélla de que estamos tratando se vió reproducida en numerosas copias, que la presentaban medio curada de los males que la pusieron en la triste situación que he referido, aun cuando todavía se reconocían en ella los principales ras-

gos de sus dolencias. Esa primera curación me valió la Cruz de la Legión de Honor, y asombro ha de causarte, lector amigo, al saber que por este hecho algunos hubo que pusieron el grito en el cielo, exclamando: ¡qué injusticia! ¡qué atrocidad! Si esto han hecho en Francia con el médico, ¿qué no harán con la botica que proporcionó las medicinas? A tu discreta inteligencia abandono la calificación del silogismo.

Para poder apreciar las dificultades sin cuento que se oponían á la ardua empresa por mí acometida, preciso era transportarse á la época que abraza las décadas sexta y séptima del siglo XIX. No fue aquélla, por cierto, una era de paz como la que hoy disfrutamos, sino extremadamente agitada y de completo desquiciamiento social. El rayo lanzado desde Ayutla para aniquilar la dictadura de Santa-Anna, produjo un terrible incendio en todo el país, incendio que se creyó extinguido al constituirse la nación conforme á los principios liberales, pero que se renovó con mayor energía, desarrollando la desastrosa guerra de tres años. Los cuerpos beligerantes se despedazaban sin piedad en los campos de batalla, hundiendo á las familias en el duelo y la aflicción; las guerrillas de uno y otro bando, compuestas de gente desalmada, asolaban los campos y saqueaban las poblaciones indefensas; los bandidos comunes y los que llamaban plateados, infestaban los caminos reales, siendo el asesinato, el plagio y la deshonor, el más vil complemento de sus robos y violencias; los recrudescidos odios que animaban á las gentes de armas, se revelaban no solamente entre las diversas familias, sino entre los miembros de un mismo hogar, del cual huía la felicidad y se enseñoreaba la desgracia; exhausto de por sí el erario, no bastaba para cubrir las atenciones de la guerra y obligaba á frecuentes exacciones que arruinaban el comercio, paralizaban la industria y aniquilaban la agricultura, los tres principales elementos de la riqueza pública; y por último, el mal estado económico de la administración alcanzaba á las familias de las diversas clases sociales, haciendo sumamente angustiosa la lucha por la vida.

Tal era la aflictiva situación del país, cuando acometí la empresa de prodigar mis

cuidados á ese aludido ser, que no podía ofrecer mejor semblante que el triste y descompuesto que en su deplorable estado presentaba la misma nación.

Esa niña era todo mi amor y mi cariño, así es que proseguí prodigándole mis cuidados, tanto que, ya más crecida, cinco años después, no era la desmedrada aquélla que lástimas causaba, sino una adolescente de cuyo gracioso semblante iban desapareciendo las huellas de sus pasados males. Así proseguí por muchos años, procurando siempre su mejoría, atendiéndola con mis escasos recursos, hasta que una señora poderosa que fomenta los principales ramos de la riqueza pública, recogió á la hija abandonada que yo cuidé con tanto esmero. Otros también pretendieron asistir á la hermosa niña, pero les faltó constancia ó desesperaron de los medios de curarla.

Mientras estuvo á mi lado la hice visitar los establecimientos de instrucción y la mandé á recorrer tierras extrañas, en las que asistió á varios concursos con sus compañeras de otras nacionalidades, nobles y hermosas matronas, que si en su niñez fueron también anémicas y desmedradas, hoy se encuentran enteramente sanas y robustas, merced á un largo tratamiento de años y años, y de una asistencia asidua, no de úno, sino de muchos doctores insignes, quienes á su disposición tuvieron los mejores elementos; sin embargo,

nuestra graciosa enfermita, con su tez morena, su pelo negro y sus rasgados ojos, no hizo en aquellos concursos un mal papel.

Para salvar del olvido los apuntes que á mis Memorias se refieren, mucho tiempo navegué por el mar proceloso de la vida, en busca de un seguro puerto, siguiendo la única ruta que el cielo me señalaba y así pude en fuerza de voluntad y sacrificios, evitar escollos, esquivar vorágines y arribar, en fin, al deseado puerto, donde puse aquéllos bajo el amparo de los manes de Guttemberg, manes esclarecidos que perpetúan las confianzas de los hombres.

En estos momentos que te estoy hablando, bondadoso lector, oigo la voz del apuntador, que me dice "mutis," y tengo que obedecer retirándome de la escena; mas como en el foro en que he representado hay dos puertas, una á la derecha ó del honor, y otra á la izquierda ó de la indignidad, permíteme que por aquélla salga, pues es la misma por la que entré.

He terminado mi obra, cumpliendo la palabra que te dí, de ofrecerte en libro compaginado, la relación de los hechos que tuvieron su desarrollo en la bienaventurada sociedad mexicana, y fueron vistos por mis propios ojos; sólo me resta darte las gracias por tu benevolencia, y decirte con toda la efusión de mi alma: ¡queda con Dios! que es el mayor bien que puedo desearte.

Antonio García Cubas.



## INDICE

	PÁGS.		PÁGS.
INTRODUCCIÓN . . . . .	7	Convento de Jesuitas . . . . .	114
		„ de San Diego . . . . .	117
		„ de San Cosme . . . . .	119
		„ del Carmen . . . . .	121
		„ de la Orden hospitalaria . . . . .	122
		„ de Juaninos . . . . .	123
		„ de Agustinos recoletos . . . . .	124
		„ de Benedictinos . . . . .	125
		„ de Antoninos . . . . .	126
		„ de Filipenses . . . . .	128
		„ de Betlemitas . . . . .	130
		„ de San Camilo . . . . .	132
		„ de Paulinos . . . . .	133
		Plano de la ciudad de México (situación de los conventos) . . . . .	136
		<b>SEGUNDA PARTE.</b>	
		<b>Cuadros de Costumbres.</b>	
		Mundonuevo . . . . .	137
		Tribulaciones de un Regidor de antaño . . . . .	145
		<b>MEXICO DE NOCHE.</b>	
		Los Portales.—Calle del Refugio.—El Viático.—Café del Progreso.—Teatro Nacional.—Ejecución de Roberto el Diablo.—Fonducho del Conejo Blanco. . . . .	153
		Noche de Luna.—Serenatas.—Vendedores ambulantes.—Café del Bazar.—La Plaza de Armas.—El Pastelero, el Dulcero, la Retreta.—Los Turroneiros.—La Alcaicería.—Don Gregorito ó broma del Vinatero.—El Sereno.—El Café del Cazador.—Historia de Pepe el tuerto. . . . .	166
		<b>Los Monasterios en México.</b>	
		<b>CONVENTOS DE RELIGIOSAS.</b>	
Acto de profesión de una monja . . . . .	13		
Detalles acerca de los Conventos . . . . .	16		
Organización monástica . . . . .	18		
Muerte y funerales de una monja . . . . .	20		
Conventos existentes al efectuarse la exclaustación . . . . .	21		
Refundición de los conventos . . . . .	37		
La exclaustación . . . . .	38		
Hermanas de la Caridad.—Su historia en México . . . . .	41		
		<b>CONVENTOS DE RELIGIOSOS.</b>	
Descripción del Convento de S. Francisco . . . . .	53		
Plano del Convento . . . . .	60		
Iglesia grande.—Festividades . . . . .	62		
Las Capillas . . . . .	71		
Historia del Sacristán P. Morales . . . . .	74		
La Familia Franciscana . . . . .	78		
Organización Monástica . . . . .	80		
La Sediación . . . . .	85		
La Exclaustación . . . . .	92		
Conclusión . . . . .	94		
Santiago Tlaltelolco . . . . .	95		
Convento de Santo Domingo . . . . .	99		
„ de la Merced . . . . .	104		
„ de San Agustín . . . . .	109		
„ de San Fernando . . . . .	112		